

La Parca

En la zona C, hoyo en este no tan grato refugio, nos otorgan los mismos nombres a todos. Si nació provocando dolencia a la madre, pues María Dolores, si fue un acontecimiento excepcional, Milagros de Jesús, y para encomendarlo a los de arriba, José de los Ángeles, como si agregar al santo nos purgara de la peste. Al final, resulta tan tedioso que los reducimos hasta el primer nombre, a veces hasta a tres letras con tal de no mencionar el nombre seglar.

Colmado de las plagas, que por ser las más comunes, nadie les presta atención, los sanos menosprecian nuestra condición transmitida. Nombres de ambos progenitores, combinados de la manera más extraña. También están los agringados valiéndose de sus nombres que por ser más creativos no dejan de ser más feos. De esos hay en demasía y si no me creen, los invito a tomar la ruta hasta cualquiera de nuestros lugares de convalecencias.

-Diay –me dicen un día de estos –si tanto hablan es porque ya los viera uno aquí donde estamos nosotros. Bien que no se quejan de que todos nos venimos para acá.

-¿Quién dice que decidimos venirnos? –le respondo.

Santo refugio, le dicen. Yo le digo simplemente sanatorio, le calza mejor.

Nadie hace realmente nada para mantenerse limpio, esa es la verdad. No hay hábito de lavado de manos continuo como tanto se insiste hacer en esas escuelas públicas. No hay por dónde se vea alguien que obre que se tome la molestia de lavarse – aunque sea un poquito-la cara. Al final, es quéjese y quéjese pero cuando nace el chiquito no hay más plan para su futuro que un ¡Alabado sea el Señor, cuídeme siempre al tal de cual! Es inevitable contagiarse, pero los síntomas son los que lo terminan por matar.

Yo nací en el pabellón cuatro, no hay demasiado que decir acerca de eso. Mi madre en una esquina, hincada con las piernas abiertas al nivel de sus anchas e iracundas caderas, mordiendo un trapo húmedo con el que evitaba quebrarse los dientes y sofocaba los gritos. Llegué al mundo sin demasiadas complicaciones, solo un par de complicaciones que se presentan siempre en un alumbramiento. Según la partera, que ahora gozo de llamar madrina, no lloré.

-Será fuerte. –Fue lo que dijo antes de llevarme envuelto en sucias mantas a lavarme en un balde azul para volver al regazo de la señora de mejillas sonrosadas.

En mi niñez, simplemente me conformé con la vista a través de los barrotes, imaginando que algún día me crecerían las fuerzas para doblegarlos y perseguir el paisaje del horizonte. A lo largo se ven los grandes y alargados edificios de una ciudad noctámbula donde convergen la sanidad del hombre y la obscenidad de la calle. No hay para ellos peligro, están libres para obrar como deseen.

Con el mermar de la vitalidad y el aumento de arrugas y piel manchada por el sol, se desvanece el deseo de romper esos barrotes de metal. No es que la idea desagrada, pero es opacada por otras imágenes realistas y de conformidad. No se está tan mal aquí, es lo mejor que podremos conseguir, ahora solo queda adornar la celda.

Voy caminando por el pabellón cuatro, justo el mismo en el que por primera vez fui arropado, y me topo de frente con Carlos, que meramente hace un ademán, invitándome a pasar a su celda. Me sacudo la basura de los zapatos y entro en ella, me ofrece asiento en un taburete podrido. Observo cómo sus rodillas flaquean, se sostiene las sienes con los dedos y con la mano flexionada me pide un trago del pequeño frasco del licor de caña que traigo en mi abrigo.

-Vos estás loco. –reprendo dándole una bocanada al pico de la botella, tentándolo con ligereza. –No podés ni respirar y pedís trago.

Sé muy bien que me he ganado esa fama de proveedor de sorbos, por siempre cargar con este brebaje maldito que forja pesadas y gruesas cadenas a mis entrañas. No es mi culpa, lo uso nada más para cuando se me otorga el derecho de salir a labrar a los patios que colindan con la zona A. Así el calor se hace soportable.

-¿Pero es que no hay espejo ahí donde estás viviendo? Estás peor que yo, hombre. Y ahí andas.

-No, no, Carlos. Si me siento bien hoy.

No puedo terminar la frase en cuanto le veo tambalearse, apoyarse con la palma de la mano en la pared ennegrecida y comenzar a regurgitar basura. Balbucea como un infante, y por el dedo índice apuntando al suelo, reconozco que me pide desesperadamente el balde que usualmente le sirve de taburete. Al deslizarlo cerca suyo, y él poder desprenderse de las últimas gotas de la basura que cuelga de sus comisuras, comienza a reír a medias. Al principio con un poco de ironía.

-En la...abajo... –musita con el dedo pulgar inclinado de forma descendente. –Te está buscando Jaime.

No puedo prestarle mucha atención, pues al instante entreveo un destello casi escurrido entre las grietas del suelo de concreto. Espero a que Carlos termine de dar su espectáculo y en cuanto se encuentra ya demasiado cansado como para notar mi silueta, prácticamente me arrastro, seducido por mi curiosidad hasta la grieta en el suelo. Palpo la superficie del objeto de punta redondeada, y al acercarme más comprendo que la brillantez centelleante que capturó mi atención no es más que la recubierta de pintura sobre una imagen de cerámica. Tiene los ojos tristes y lacrimosos, parece que el artesano intentó vanamente dar esperanza y su intento terminó en una tétrica imitación de un semblante piadoso.

Carlos nunca ha sido religioso, de seguro la robó en algún momento en que salió a labrar. No parece una imagen muy bonita, tampoco es digna de quedársela, pero tal artesanía barata algún ingenuo, siempre la compra.

Giro nuevamente mi mirada hacia él. No ha de extrañar su objeto tan cuidadosamente colocado para su exhibición. De todos modos, Carlos ya está agonizando. Nunca ha sido un amigo muy cercano, y era de esperarse. Tarde o temprano la plaga inundaría su ser. Por esa razón simplemente me guardo la pequeña virgen de cerámica en el abrigo roto, y tomo un sorbo del licor de caña antes de salir.

De lo que tomé del suelo de la celda sin que Carlos se diera cuenta, hice lo que pude para pulirlo y me propongo llevárselo a Val. Me encamino al corredor que da al ala oeste, donde al cruzar advierto diversos espectáculos que bien podrían exhibirse en vitrinas del Museo Nacional. Algunos inquilinos comienzan a morderse los dedos, enteros y sucios, enloquecidos por el hambre. Otros sacian sus necesidades libidinosas a plena vista, sin molestarse en ponerse por lo menos una toalla por encima de la entrepierna para cubrirse las vergüenzas. Esos son los especímenes que se pavonean por aquellas vitrinas, esperando su salida en cuanto el vientre les dicte que deban salir a divagar.

Val no es así, no tiene las mismas maneras o modales que los otros pacientes. Por supuesto que aunque su afición por los trueques y sus contactos con la zona A no salen de la buena voluntad, me gusta pensar que esos trueques furtivos y promociones son los que nos dan un poco de plata.

Llego a la capilla del sanatorio, y encuentro a Val en una de las bancas de adelante con actitud reverente. Honestamente, no hay pudor en mí al ir a interrumpirlo.

-Val.

Está recitando un pasaje, con los ojos entrecerrados advirtiéndome mi presencia con claridad, pero aun no mira. Esa pedantería me encoleriza y lo vuelvo a llamar. Aun no responde, sigue susurrando divinidades.

-Osvaldo. –pronuncio con gravedad. –Traigo esto ahí para que me lo vayas a cambiar. Pero vuélvame a ver, no soporto que se haga el rogado.

-En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...Amén. ¿Qué traes ahí?

Le enseño la figura de la mujer tristonca, él simplemente la eleva a la altura de los ojos y se la restriega entre los dedos para sentir la cerámica.

-¿Promete verdad?

-No sé, hombre. Está despintada. –responde con la boca torcida.

-Pero vea que bonito acabado.

-Pues algún vago de esos del patio la compra, eso no lo dude.

Toso ligeramente y desenvuelvo la botella de licor. No la han probado mis labios en cuanto Val empieza a negar con la cabeza.

Enarco una ceja y la guardo, protegiéndola de su mirada prejuiciosa. – ¿Qué?

-Si lo que querés es plata, a lo mejor te consigo buen precio si me das esa botellita.

-Ni hablar.

Val se encoge de hombros. –Que lástima, porque eso sí es fácil que se lo lleven. Llegas al patio, te acercás a uno que tenga vomitadera y le decís que es fino licor de caña, de eso que beben los de la zona A. Se lo llevan rapidísimo.

Cualquier otro día, hubiera podido quedarme charlando por horas, pero efectos ajenos a los del licor comienzan a circular por mis venas, los siento abrirse paso. No es muy alarmante, pero entumece mi lengua, entorpece mis movimientos y pesa a mis párpados.

-Vaya, vaya a descansar. Quédese ahí un ratito y yo le aviso después a ver si hay trato.

Subo hasta mi celda, acomodo los harapos en la cama y me dispongo a dormir un rato.

No dura demasiado, despierto abruptamente con la sensación acuosa y germinante de esferas blandas atiborrándose en mi garganta, peleándose con choques impetuosos entre sí para encontrar su salida fuera de mi sistema. Volteo mi cabeza y comienzo a expulsar toda inmundicia, inhalando con dificultad, perfumándome de rendición y miro atentamente el techo gris sin moverme.

Arremete un ardor en la boca del estómago y concentro la poca energía que he ganado por la siesta en esforzarme para sacar el licor de caña de mi abrigo. Lo vierto sobre mis labios y el líquido fuerte baja por mi garganta. Ni siquiera ese nivel de brusquedad de alcohol que posee esa baratija logra opacar los violentos arranques que se disparan ahora.

Sopeso la posibilidad de levantarme de la cama y llegar hasta el lavabo. Finalmente, hago caso a mis instintos y confío en la fuerza de mis piernas obreras para caminar trepidantemente hasta el lavabo. Apoyo mis codos en la loza y me restriego los ojos. Ante mí, se aparece la imagen más temible que haya podido tener tan cerca. El reflejo en el espejo muestra a un hombre que no llega aun a los treinta años, de ojos negros y orbe amarillento, cabellos polvorientos, macizos y oscuros. La tez que en una época candorosa fue morena y vibrante, ahora es solamente lánguida y enfermiza. El ojo derecho comienza a retorcerse, vibrando como si tuviera vida propia. Coloco suavemente un dedo sobre él para sentir su palpitación, y se sosiega al instante, casi como si temiera mi propio toque y huye espantado. Las rodillas comienzan a flaquearme una vez más, hasta fallarme y termino por desplomarme en el suelo, aferrándome aún a mi botellita.

En ese momento, puedo observar que por el umbral de la puerta se acerca el padre Jaime. Junto a él está Val -quien probablemente le comentó de mi decaída- y también está mi madre, quien no muestra señas de agravio, solo de decepción. Ahora ya no me quedan fuerzas, me mantengo aferrado en el suelo con un mohín cincelado en el rostro. El padre Jaime me examina, tensa los labios y esboza una expresión turbada.

-Qué lástima, tan jovencitos y que terminen así.

Él y Val me toman por las extremidades y me tienden en la cama. Viajo por un sinfín de escenarios, que se presentan a mi inmóvil ser como una especie de película. Finalmente, el clímax es cuando los veo mirarme desde arriba, paleando tierra mojada a mi rostro.

-¿Y eso? –pregunta mi madre.

Val comienza a tamborilear los dedos en la cabeza de la mujer tristonza. –Es mío.

-¿No lo quieres donar? Solo para que no se vaya solito.

Él le da un último vistazo y se lo entrega a la señora.

-Gracias, Osvaldo. –concluye con la cabeza inclinada, y me lanza a la virgen que aterriza justo al lado de mi cabeza.

No hay epitafio, no aún. ¿Es este el trance en el que me decían terminaría yo por caer? Esta condición comatosa, que pensé y supliqué a los otros portadores de mi nombre que nunca estuviera consciente cuando de ella cayere preso. Sé que lo estoy, sé que estoy muerto. Puedo atisbar pero no juzgar, no me nace. Me he vuelto invisible ante todos esos ojos viciosos, detectives de defectos y hambrientos de carcajadas. Me he convertido en ladrón, alcohólico, mendigo y escoria al igual que mi padre; por eso deciden no verme más. La plaga me ha consumido por completo: me he convertido en el obstáculo al caminar por las aceras, eso que jala todo vistazo, pero obliga a los peatones a pasar de lejos con asco en el talante.

Nacemos en un círculo, incapaces de escapar de su órbita, presos por siempre en su arandela. Me consumió a mí como terminó por devorar a todos mis demás compañeros. Es nuestra inevitable condición de pobreza y miseria, enfermedad hereditaria y contagiosa de la cual nadie nunca pretende ser víctima. Hay distracciones, hay esperanzas y pequeñas aficiones que ocupan la mente de un enfermo, pero aun en todo su tiempo de ocio, no es capaz de limar los barrotes del sanatorio.

No hay cura y nunca la habrá. Quizás compasión pueda surgir, pero con eso poco se arregla. Se puede intentar vivir con los sueños perforados, eclipsados por el medio y no se llega a sufrir o alegrar enteramente. No hasta que se aparece ante nosotros esa figura encapuchada, la parca negra envuelta en su halo misterioso, que por cierto, siempre me ha parecido que tiene un aire femenino. Me está ofreciendo un destino seguro, tal vez con unos cuantos placeres de por medio. De lejos la admiro, mientras me saluda como entrañable compañera, ofreciéndome el mecerme en la cuna de su hoz.